

por estas obscuridades, mi querida señorita Lena.»

Sintió la primogénita alguna inquietud. Temía á la lengua viperina de la vieja más que á las malas entrañas de todos los vecinos juntos.—Pero, seranándose, volvió á su asiento, interrogando á Eugenio.

—¿Con qué ya encontró usted empleo?...

—Sí, Antoñita. Yo hubiera querido decirselo desde luego á usted.

—¡Ji, ji!— rió la morenita.—Se hablan de tú y de usted....

Los rostros de los amantes tiñéronse de rojo vivo. Linares no acertó á disimular su turbación. La costurera, á poco de haber sufrido el bochorno, murmuró, haciendo una mueca de disgusto:

—¡Qué impertinencias las tuyas, Lenal! Deberías pensar que el señor....

—¡El señor!.... ¡Ji, ji!.... ¡El señor!.... ¡Ji, ji!....

—Pero, niña....

Eugenio Linares miraba riendo á la pequeña, como embobado. Aquella muchacha, con sus ribetes de maliciosa y de ingenua, se le metió por las ventanas del alma en cuanto la oyó discurrir. Había tal gracia en sus dichos, tal confianza en su tra-

to íntimo, que pensó él por qué no le había saltado un galán, de aquellos tan abundantes en calles y corrillos de vecindad.—Desde el primer momento hubo de establecerse una corriente de simpatía entre los futuros cuñados. El adivinaba en Lena el tipo opuesto al suyo propio, de mocetona reidora y charlatana; ella le estimó bobalicón y tímido.

—Pues, sí, encontré empleo.... No una gran cosa, pero, en fin, *algo*, nada más que *algo*.... Usted....

—¡Y dale con el usted! A tutearse, señor mío....—gritó Lena.

—Bueno, tú por tú....

Y en breves conceptos explicó el ansiado hallazgo:—Todo lo debía á Urizar. Era tan bueno el pobre Arsenio.... El fué quien, ayudado por Conti, topó con un señor D. Mauricio Orvañanos y Méndez, notario de profesión, con domicilio y oficinas en la calle del Aguila, quien desde la víspera andaba en busca de un escribiente. El redactor de *La Aurora*, por negocios del periódico, trataba y conocía al leguleyo, y sabedor de que existía la vacante y de que el vate se lo había recomendado con insistencia, corrió acompañado de éste á la notaría, con el propósito de conseguir la plaza.

Aquella misma mañana, del brazo de Arsenio, había presentado á su nuevo amo, quien, luego de haberle sometido á ridículas pruebas caligráficas, gramaticales y aritméticas, le aceptó con el sueldo de cuarenta pesos mensuales, aparte de los dinerillos que Linares pudiera sacar de las arcas de los clientes generosos, que, aunque en menor número de los tacaños, solían encontrarse por esos mundos de Dios.

Ya veía Antoñita que el destino no era un filón ni cosa de ese jaez. Y al decir esto, un chispazo de amargura surcaba las pupilas de Linares. Haber estudiado tanto, quemarse las pestañas durante tres largos años, sufrir vigiliias, insomnios, penalidades mil, con el ardoroso anhelo de saber, para hundirse al cabo en olvidado bufete, en el fárrago de papelas viejas, testamentarias y protocolos, no le parecía, en verdad, fortuna envidiable.

Al callar suspiró.

—¡Quién sabe, Eugenio!—dijo la novia.—Nada es definitivo. Además, se ven tantas cosas en la tierra...

Había en su voz un velado tono de reproche. Tras de su última frase, otra venía con presura, que se detuvo en sus labios. ¿Por

qué mientras ella bendecía aquel empleo que la daba la dicha, el amor eterno, él se rebelaba contra su suerte, pensando en la infelicidad?—Escapó al ingenio del chico el sentido de tales frases. No era su magín demasiado sutil para darse cuenta de honduras psicológicas. Pero Lena, que no pecaba de modosilla, y que lo tocante á decir verdades nunca se anduvo por las ramas, exclamaba:

—¿Ya lo ve el señor Linares? A mi hermana no le gustan las quejas; para Antoñita es primero el amor que los sueldos...

El aludido hizo un mohín de protesta.

—Hombre, ¿le parece á usted escasa fortuna el haber hallado un empleillo que le permita no separarse de la novia? ¡Vamos que es usted pretencioso!...

Linares alzó la voz, á fin de acallar las palabras burlonas. No, él no era rebelde, contentábase con poco. Lo que afirmó, no pasaba de un *decir*. Tenía ambiciones como todo bicho viviente, pero sentíase dichoso al poder quedarse en México.—Una furtiva mirada de gratitud recompensó su discurso. Antoñita, tímida, inclinó la cara en ese momento invadida por suave rubor; y Lena, que en achaques de noviazgo no era lerda, aban-

donó la silla de pronto, y riendo con picardía, en mitad de la sala, dijo:

—Bueno, señoritos: yo tengo mis asuntos también. Y no se crean: ¡asuntos serios! El pobre morrongo no ha comido. Está malito...

Girando sobre los altos tacones escapó. A lo lejos, escuchábase el fru-fru producido por el raudo vuelo de sus faldas.

Los dos continuaron sentados, sin mirarse. En sus almas se agitaba una profunda gratitud hacia la chiquilla que les brindara un rato de amor á solas. La alegría intensa provocaba en ellos el silencio, la concentración interna que les permitía saborear con fruición su deleite. En el cuarto oloroso á flores marchitas, tibio, como si conservase todavía el calorillo de los rayos solares, reinaba el mutismo. Rachas débiles de aire; el aleteo blando de las palomillas que revoloteaban en torno de la lámpara, ebrias de luz; el tic-tac (tono del reloj puesto sobre la mesa, turbaban apenas la atmósfera soñolienta.

—¿Eres feliz, Antoñita?

—Más que tú... ¡Ay! no esperaba yo esto... He recibido una sorpresa tan grande... tan grande...

Se acercaron. Linares arrimóse al extremo del sofá, cogiendo entre las suyas la mano de la muchacha. Su amor, escaso de léxico, como todos, desbordábase en palabras sueltas, sin hilación ni sentido, en vulgaridades que á cuento no venían; en ternuras hasta entonces no usadas. Y la muchacha enmudecía, como si su felicidad, sus sueños, sus aspiraciones modestísimas de ebicuela criada en un hogar de la clase media, aspiraciones tanto más raras cuanto que se desarrollaron en el dorado pantano donde toda ambición y todo oculto vicio tienen su asiento, estuvieran reunidas allí, en aquel caballerece que oprimía su diestra.—Nunca había pensado en atraer á Eugenio á las intimidades de su casa. Oponíase á ello, además de su genio medroso, el temor de hacer difícil el curso de sus amoríos, que, en lo general de los casos, encuentran enemigos en la propia familia. ¡Ah! pero agradecía tanto á Lena su inspiración...

Habló. Uno á uno, trajo á cuento recuerdos encantadores: las Posadas, la noche de Navidad, la cena fin de siglo... Las entrevistas en la [azotea] habían terminado. ¿Quién la dijera que la anterior había de ser a última? Ya no se veían desde lo alto,

por la mañana, cuando torres y techos refulgían al sol. . . . Ahora estaban mano á mano, el uno junto al otro, confundiendo sus alientos y observando en sus pupilas el rápido cabrillear de la emoción. Estaban más unidos, más cerca; pero eran tan bonitas las entrevistas desde la azotea. . . .

Y al murmurar tales palabras, Antofita fijaba los ojos en la alfombra, como si pensara.

—¡Niña! ¿Pero quien te ha dicho que se acabarán? Nosotros podemos hacer lo que se nos dé la real gana.

—No, no lo pienses—repuso sonriendo.— Eso pasó, pasó. . . .

Después hubo de tornar á su silencio. Eugenio la miraba á ratos, embelesado. ¡Estaba tan mona así, con su carita seria y sus ojillos tristes!—¡Señor! Pero no era aquello para desconsolarse, ¿verdad?

Una ráfaga de viento refrescó la nuca de la muchacha, haciendo temblaquear los sedosos rizos. Volvióse ligeramente, y, señalando la ventana, dijo:

—Mira, qué preciosa noche. . . .

Sin esperar respuesta, fué hacia el antepecho, clavándose de codos, abstraída en muda contemp'ac'ón, sin moverse al obser-

var que Linares se deslizaba tras de ella, deteniéndose á su espalda y apoyaba la barba en uno de sus débiles hombros huesosos, que dejaban adivinar la suavidad del cutis, á través de la tela vaporosa que los cubría.

Callaron.

Ante ellos, estremecido por el titilar de millares de estrellas, extendíase el cielo, de un tinte azul obscuro. Lévemente ensombrecido en el centro, dilatábase hasta el lejano horizonte, en donde la masa de la tierra se fundía en una pincelada negra, vaga, ondulante. La ausencia de la luna hacía más intenso el brillar de los pequeños astros, que desparramaban en la inmensidad del espacio fino polvillo de luz. Exhalaciones fugaces lo surcaban, sumergiéndose en el azul de súbito iluminado por blanquecina claridad. —Abajo, en el montón de techumbres y de muros agrietados, aparecían á intervalos lucernas misteriosas que semejaban ojos de fuego que sonreían á los novios desde la sombra. Los campanarios distantes surgían cual hoscas centinelas, recortando el firmamento con sus moles achatadas. Regueros de luz blanca rasgaban aquí y allá la obscuridad uniforme, ensanchándose hasta las lontananzas sombrías. No muy lejos, las copas de

los árboles erguíanse, en apretado apilamiento de hojas y de ramas.

A sus pies estaba México, luminoso, radiante, como ascua. Linares lo contemplaba con agradecimiento y con odio. ¡Ah! si pudiera conquistarlo, abrumarlo. . . . Y su ambición de provinciano le embriagaba, haciéndole olvidar á la cara prenda de amor que á su lado tenía.

—¡Qué hermosa está la noche, Eugenio! . . .

Y Antofita, con las naricillas dilatadas, respiraba con deleite, prestando atento oído á los rumores y cadencias que hasta ella venían en alas del remusgo. Luego se inclinó. Doblando una de las diminutas ramas del heliotropo, o'ía las pequeñas flores.—Los ojos de Eugenio, perdidos hasta entonces en la noche, posáronse en el cuerpo frágil de la amada, cuyas curvas se pronunciaron al agacharse ella sobre los tiestos. Miró las caderas apenas núbiles, caderas de niña enferma; los senos, que casi no se advertían bajo la blusa; los brazos delgados. . . . Luego, alzando la vista, observó la nuca, ahondada de una blancura lechosa, sobre la cual alborotaban ricillos de oro.—Lentamente, su tez, de ordinario pálida, se coloreó Tem-

blaron sus labios sombreados por tierno bozo, é inclinándose también, imprimieron un beso ardiente que hubiese sido largo, eterno, si la chica no se irguiera con violencia.

Había en su semblante un gesto de ternura y de enojo, que le confundió. Primero hubo de observarle con mirada seria; al fin rió, levantando sobre la cabeza de Eugenio las airadas manos.

—No, señorito mío. . . . Eso será después, más tarde, nunca si usted lo quiere. . . . Pero ahora no. . . .

Linares suplicó:

—Antoñita. . . .

Ella quedóse inmóvil, sonriendo. ¡Pícaro hombre! ¿Para qué quería besos? No, aquello no era propio de un caballero como él. Y retrocediendo hacia la ventana, cogió un puñado de heliotropos; luego, besándolos, se los entregó.

—Toma. Allí va mi beso; bésalos tú también. . . .

Largo silencio siguió á sus palabras. Linares cogió trémulo el ramillete, apoyándose después en la hoja de la ventana, entristecido. De espaldas á él, la joven proseguía en su tarea de escudriñar la tierra que daba vida á las flores.

A lo lejos, escucháronse las carcajadas de Lena, confundidas con la voz dulzona y un tanto cascada de doña Pepa.

VII

Cayó el telón en medio de una tempestad de silbidos.

En las lunetas, una muchedumbre heterogénea, compuesta de señoritos de levita y sombrero hongo; de comerciantes al por menor, con el traje grasiento, oloroso á mercaderías; de obreros de manchada blusa y curtidadas manos, aullaba, hundiendo el desigual piso á bastonazos, con la garganta deshecha á fuerza de gritos, descompuesta la faz por sorda rabia.

—¡Al foso! ¡Al foso!

—¡La bella Clara! ¡Ja, ja!

La hez mal oliente y andrajosa conmovía el ahumado recinto con vociferaciones roncadas. De la obscura galería, apestada con los hálitos del alcohol y del pulque, el sudor que empapaba los pingajos de la turba amontonada, la mugre humedecida sobre los cuerpos trémulos, brotaba un mugido discordante, ruidoso, que al unirse con el que de abajo ascendía, atronaba los ámbitos cual tempestad desencadenada.— Un señor panzudo, de limpsísimos lentes montados con petulante gallardía sobre la nariz, exclamaba, de pie, junto á uno de los palcos:

—¡Caballeros, eso no puede soportarse! Entiendo que....

Pero no pudo continuar. Un chillido agudo, metálico, le interrumpió. Volvióse airado hacia el sitio de donde el grito salía. Una prostituta joven, flor del vicio, pequeña, desgarbada, con el rostro arrebolado por el colorete, habíase subido en la butaca, agitando los brazos.

— ¡A la cárcel con ese Urizar!

— ¡Más inmoral que nosotros es él y la grandísima alcabueta de su madre!

Un oficial de gendarmes, de plateados galones y barba hirsuta, lanzóse sobre ella,